

Manuel Guerrero Cabrera

AL COMPÁS LITERARIO
DEL TANGO

Prólogo de ARIEL CARRIZO PACHECO
Epílogo de ÁNGELA MARTÍN DEL BURGO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— ANAQUEL DE PENSAMIENTO, n^o11—
MADRID • MMXVII

De la obra © MANUEL GUERRERO CABRERA

De la edición © Editorial Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com
Directora de la colección: Alicia Arés

Del prólogo © ARIEL CARRIZO PACHECO
Del epílogo © ÁNGELA MARTÍN DEL BURGO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com
Ilustración de cubierta © LaInspiratriz

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor y el autor.

Primera edición: Octubre 2017
I.S.B.N: 978-84-947595-0-5
Depósito legal: M-26989-2017
Impreso en España



www.cuadernosdelaberinto.com

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

*A Malena e Inma,
por endulzar mi letargo,
como aquellas trenzas de color de mate amargo.*

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

ÍNDICE

Prólogo		
Por ARIEL CARRIZO PACHECO	pág	9

ESTUDIOS

1.- Rubén Darío en los tangos de Enrique Cadícamo	pág	15
2.- Las milonguitas: un tópico del tango. Aproximación real, antecedentes literarios y evolución	pág	25
3.- Parodias literarias en el tango	pág	55
4.- El valor literario de <i>Mi noche triste</i>	pág	75
5.- La Biblia contra el calefón. Las imágenes religiosas en los tangos de Enrique Santos Discépolo	pág	85
6.- Homero Expósito: la metáfora en el tango	pág	95

ARTÍCULOS

1.- Federico García Lorca y el tango	pág	117
2.- Adiós al padre de Carlos Gardel	pág	121
3.- Un adiós a Horacio Ferrer	pág	123
4.- La gloria del águila: un tango para el Plus Ultra	pág	126
5.- Horacio Salgán se fue	pág	130

BIBLIOGRAFÍA	pág	133
--------------------	-----	-----

FICHA ARTÍSTICA DE LOS TANGOS ANALIZADOS	pág	137
--	-----	-----

CODA: Tres escenarios	pág	147
-----------------------------	-----	-----

EPÍLOGO: Nuestro tango		
Por ÁNGELA MÁRTÍN DEL BURGO	pág	151

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

PRÓLOGO

Por Ariel Carrizo Pacheco

Este libro meritorio, desde el impulso de su título, posee la elegancia de una prosa ensamblada a musicales fondos emotivos. *Al compás literario del tango* lleva ritmos muy propios de la artística esencia de su autor: Manuel Guerrero Cabrera; un poeta que sabe interpretar las sintonías alojadas en obras de un género caudaloso y fascinante.

Avanzar hacia las próximas páginas impregnadas de pensamientos, es adentrarse en un prolijo discurrir de indagaciones precisas. Mediante el desarrollo de interesantes finalidades, Manuel consigue notables resultados extractando cómodamente los matices lingüísticos del tango. Una seria dedicación intelectual le infunde solidez anímica a esta obra, desde el foco del primer ensayo donde queda bien aclarado el circunstancial paralelismo existente entre Rubén Darío —excelso representante del movimiento Modernista—, y Enrique Cadícamo —el más polivalente autor de clásicos tanguísticos—. A través de la difusión de hermosos temas, como *La novia ausente*, estrenado en 1933 por Carlos Gardel, muchos de quienes nunca leyeron a Darío pudieron memorizar algunos de sus versos más representativos.

Es agradable advertir que dentro de cada estudio aquí expuesto, surge el respectivo marco histórico redondeando las interpretaciones de los lectores que, seguramente al igual que yo, quedarán complacidos con esos detalles apropiados. Dirigiendo ese tino conveniente, el autor se ha explayado sobre distintas materias centrales: el primordial despliegue cadicamiano, la génesis y opacidad de las milonguitas, los hallazgos de repercusiones y parodias literarias, la trama de la inaugural letra del

tango-canción, los temas de Discépolo emanando una recurrente y cruda religiosidad, el temple metafórico de Expósito, el subliminal influjo de García Lorca, el claro y a la vez controvertido origen gardeliano, las respetuosas despedidas a inolvidables «Horacios»: Ferrer y Salgán, de tan alto vuelo como el recuerdo de aquel pionero hidroavión «Plus Ultra» retratado en un viraje del «dos por cuatro»... En fin; un desfile de atracciones producidas con inteligente criterio.

Algunos poetas talentosos y cultos supieron ser espejo del cotidiano lenguaje rioplatense; es por ello que en las tradicionales letras de los tangos aparecen fusionadas variaciones expresivas que procrean una estética sensorial sobre un trasfondo característico. Los modismos populares se fueron intercalando en la ortodoxia oficial del idioma (también flexible fruto consuetudinario), al reparo de una época y geografía proveedoras de tipicidades más enérgicas que las existentes en estos tiempos tan globalizados.

Una efectiva conjunción de temáticas amalgamadas en manifestaciones poéticas y musicales de diversa idiosincrasia, hicieron del tango la leyenda vivaz que perdura cautivando en el continuo engranaje generacional. Como piezas imprescindibles de una maquinaria de emotividades, los estructurales argumentos provistos de contundente síntesis, y los giros del habla coloquial —con sus esporádicos lunfardismos ampliando el léxico—, conforman la esencia reflexiva de este género dueño de una popularidad tan auténtica, que ha sabido incluir sus propios ribetes de erudición literaturizada.

Si nuestros antecesores cercanos fueron capaces de darle al Tango un justo origen y fundamental progreso sin tener en claro la triunfal perdurabilidad a la que estaba predestinado; si el declive del siglo XIX pudo perfilarse como rampa de alto despegue para la expresión tanguística que se consagró mundialmente con

todo su esplendor durante el pasado xx (su siglo de oro), no nos debe resultar inviable continuar impulsando su existencia con la fuerza de la creatividad natural y portentosa.

Sin perder de vista el rico pasado del tango —faro inspirador por siempre rutilante—, debemos preocuparnos desde el presente por su vitalidad futura. Y en buena medida ello viene sucediendo gracias al entusiasta empuje de los cultores del género propagándose en distintas naciones hermanadas por indestructibles lazos históricos y artísticos. Conmueve advertir mediante nuestros sentidos atentos a un exorbitante alrededor que la tecnología hace cada vez más contiguo, cómo avanza un juvenil ímpetu concentrado en todas las posibilidades que el tango ofrece para la proliferación de su ingenio. Actualmente contamos con un mínimo pero valioso caudal de compositores, letristas, músicos, cantores, bailarines, coleccionistas, artistas plásticos, historiadores, ensayistas... Todos ellos, conforman una asociación de disciplinas apasionantes cumpliendo su itinerario tanguedo, al que se irán sumando las venideras generaciones. Justamente, Manuel Guerrero Cabrera es un destacable ejemplo por su cuerdo afán de divulgar desde sus escritos, puntos de vista que aportan nuevos matices para la comprensión de un género cuya mayor complejidad reside en elucidar los misterios de su genial sencillez.

Su índole de poeta le aporta la sensibilidad y los tecnicismos necesarios para escudriñar cada verso hasta descubrirle la íntima sugestión que tuvo el autor en el momento de crearlo. Tiene la virtud de señalar ciertos detalles con la precisión que sólo puede dar una perspectiva distante enfocada desde la mayor cercanía; la del propio sentir. Viviendo en Buenos Aires —ciudad que supo recorrer emocionado—, puedo asegurar que por aquí coexisten pero no abundan los investigadores del tango con ese eficiente empeño que a él lo caracteriza. Desde su Lucena natal fue descubriendo este género que lo estremece y remonta hasta

magnéticos tiempos que se niegan a esfumarse, perpetuados por la gracia de sus creadores.

Los trabajos de Guerrero Cabrera denotan una genuina vocación germinada en el glorioso Reino de España; tierra más que fértil para el florecimiento del arte porteño. Como argentino y español me alegra comprobar el positivo impulso que nuestro buen amigo día a día proyecta. Mi dilecto maestro Cadícamo (1900 - 1999), solía hablar del «Fuego Sagrado del Tango»; la energía que no sólo debemos mantener sino además acrecentar, para que su cálida lumbre llegue a iluminar sin radiaciones mortecinas el vigor de las expectantes épocas futuras. La riqueza del pasado incentiva el movimiento presente. Lo conocido es la capa delgada; debajo de ella un inmensurable tesoro artístico aguarda ser descubierto con la masividad necesaria y merecida.

La música por sí sola es intuición que parte de un estado anímico capaz de ser traducido en palabras. Cuando las locuciones racionales se quedan cortas en su alcance expresivo, volátiles melodías pueden asistirlos, y viceversa. El tango ha dado sobradas muestras de estrofas y sonidos distintivos complementándose magníficamente. No es casual que el habla y la escritura posean una musicalidad intrínseca, así como las notas melódicas se relacionan profundamente con los vocablos, ya sea porque se ajustan a versos previos o porque provienen de un consciente o irreflexivo orden espiritual que implica una base psico-lingüística que lo justifica.

Hoy, Día Nacional del Tango, es para mí un feliz propósito abocarme a prologar esta nueva creación de Manuel; a quien desde hace algunos años tengo el gusto de conocer tras descubrir uno de sus ensayos en los que gentilmente me menciona. Y ahora, haciendo un pensativo silencio, los invito a nadar por este acompasado río de palabras...

Buenos Aires, 11 de diciembre de 2016.



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

RUBÉN DARÍO
EN LOS TANGOS DE
ENRIQUE CADÍCAMO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Y tú me pedías que te recitara
esta Sonatina que soñó Rubén:

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor¹.

Si fuéramos cantores de tango, al interpretar *La novia ausente* (letra de Enrique Cadícamo), tendríamos que recitar la primera estrofa de uno de los poemas universales del Modernismo (y de Rubén Darío). No son pocas las ocasiones en que se da esta circunstancia de unir la literatura culta con lo popular del tango, pues, como sucede en *Sólo se quiere una vez* (letra de Claudio Frollo), se reproducen los primeros versos de «Canción de otoño en primavera» de Rubén, o encontramos la parodia, como en *Poema número cero* (de Luis Alposta) que imita en lunfardo algunas estrofas del muy conocido «Poema 20» de Pablo Neruda².

1 El texto del tango lo escribo en versos dodecasílabos (en hemistiquios de seis sílabas), según FERNÁNDEZ FERRER (1998): «Gardel canta a Darío: para una microteoría polisistémica sobre tres letras de tango». Filología, Universidad de Buenos Aires, XXXI, números 1-2, p.142; y el texto de la «Sonatina» sigue la edición de DARÍO (2007): Obras completas (I), Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, p. 168.

2 Para profundizar en este aspecto, véase mis artículos «Aproximación al tango desde la poesía culta» en *Tango. Bailando con la literatura* (2009). Moreno Mejías, Sevilla, pp. 41-51 (hay una versión reducida en las revistas *Isagogé* 5, 2008, disponible en Dialnet, y *Groenlandia* 2, 2008-9) y «Parodias literarias en el tango» en el volumen que tiene entre las manos. También puede consultarse OSTUNI (2000): «Presencia de la poesía culta en las letras de tango», *Viaje al corazón del tango*. Buenos Aires, Lumiere, pp. 103-140.

Con el «tango-canción» surgido en 1916-17 con *Mi noche triste* aparecen los primeros autores que se acercan a la poesía, de tal modo que hacia mediados de los años 20, los músicos conocen la escritura y la mayoría tienen una formación académica³; igualmente, los letristas ya no son «escritores de teatro o periodistas atraídos por [...] el tango cantado, ni son bohemios [...] Son intelectuales de formación escolástica»⁴. Todo este proceso surge, no sólo como un desarrollo de hacer literario el tango, sino también como un modo de «adecentamiento» del mismo. De ese tango-canción deriva el actual, que ya no tiene consideración acerca de lo culto o lo popular que puedan ser las milongas de Jorge Luis Borges o los tangos de Ernesto Sábato y Horacio Ferrer; sin olvidar el estadio inmediatamente anterior, con tangos, milongas y vales de alta calidad poética y lírica de la mano de Homero Manzi, Homero Expósito o Cátulo Castillo.

Como hemos referido anteriormente, este proceso de que la influencia culta se acomodara en el estilo popular del tango fue largo y a ello contribuyó con su obra el ya citado autor Enrique Cadícamo, uno de los más prolíficos y variados. Para ello, nos centraremos en la influencia que recoge de la obra de Rubén Darío en algunas de sus obras tangueras.

Cadícamo nació en Luján, en 1900. En la biografía de su juventud es nota destacada que en 1919 trabajó como escribiente en el Archivo del Consejo Nacional de Educación, donde conoció a Leopoldo Lugones y Héctor Pedro Blomberg, entre otros; su primer tango fue *Pompas* (con música de Roberto Goyheneche), estrenado por Carlos Gardel. Entre varios, apuntamos estos tangos escritos por él: *Muñeca brava* (Luis Visca), *¡Che papusa, oí...!* (Gerardo Mattos Rodríguez), *Nostalgias*, *Niebla del Riachuelo*, *Los*

3 MATAMORO (1990): *El tango*. Madrid, Acento, p.38.

4 FERNÁNDEZ FERRER (1998): p. 135, nota 16.